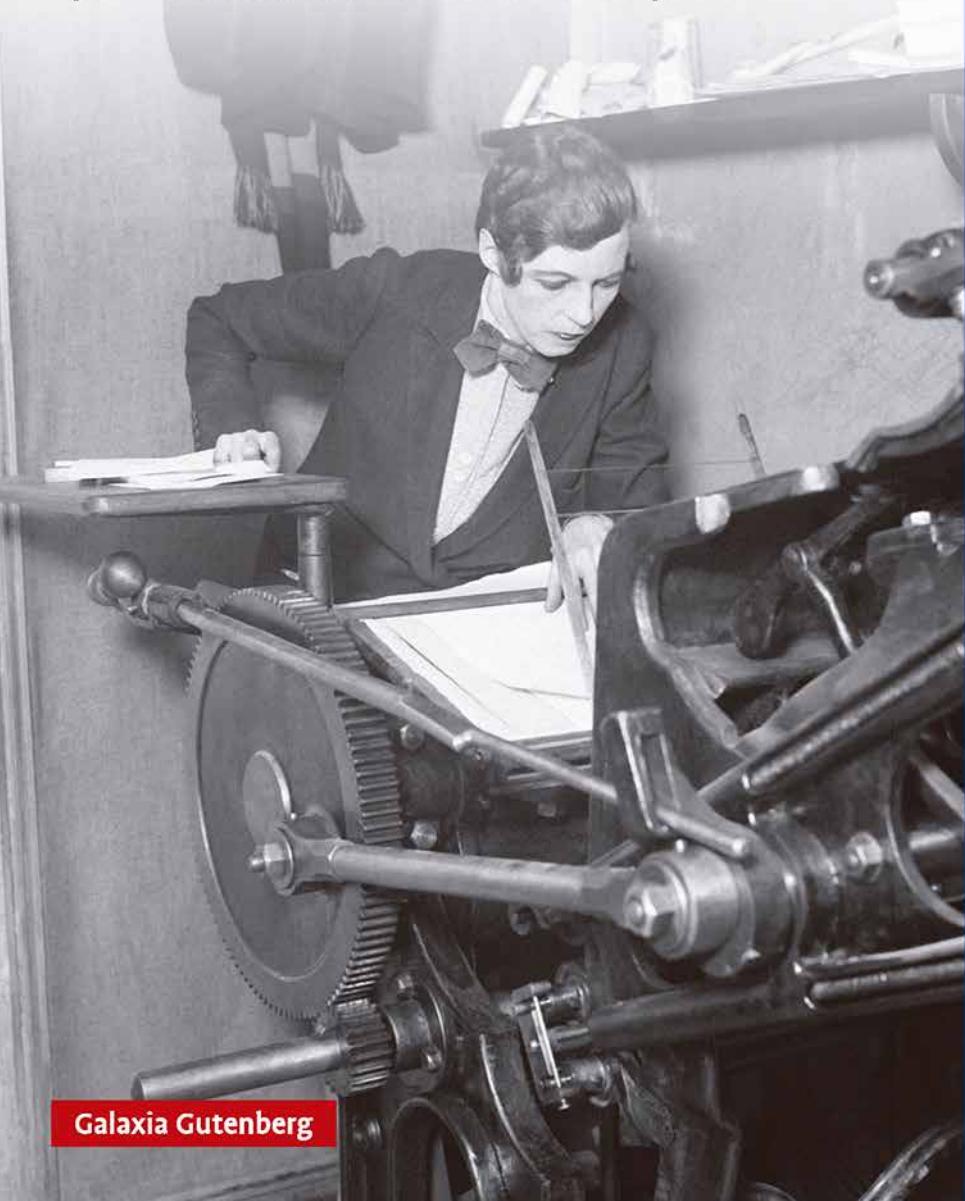


Ana R. Cañil

Rescatadas del olvido

Tras los pasos de las extranjeras
que escribieron sobre España



ANA R. CAÑIL

Rescatadas del olvido

Tras los pasos de las extranjeras
que escribieron sobre España

Galaxia Gutenberg



Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.^o 1.^a
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2026

© Ana R. Cañil, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.^o 1, 08786-Capellades
Depósito legal:
ISBN: 978-84-10317-83-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Hummett, mi sombra

Índice

Prólogo	11
Capítulo I. La revolucionaria Nancy Cunard	
no tiene quien la recuerde	23
Capítulo II. La lucha de Nancy Johnstone	
por los niños refugiados	49
Capítulo III. Tina Modotti y las «señoras de»	71
Capítulo IV. Ilsa Barea-Kulcsar, revolucionaria,	
intelectual y sabihonda	93
Capítulo V. Virginia Cowles, a la guerra con pieles y tacones.	
Josephine Herbst, con ideas y oficio.	115
Capítulo VI. La poeta Gamel Woolsey, la economista	
Marjorie Grice-Hutchinson y Vita Sackville-West	143
Capítulo VII. Andrée Viollis y Simone Téry,	
una madre y una hija en el frente	173
Capítulo VIII. La Valencia de Kate Mangan y el miedo	
insopportable de Lillian Hellman	191
Capítulo IX. Sylvia Plath: historia de una poeta suicida,	
una viuda republicana y un nieto rojo	221
Agradecimientos	237
Bibliografía	239

Prólogo

Los escritores, tanto los hombres como las mujeres, han de ser egoístas para tener tiempo de escribir, pero las mujeres no están entrena-das para ser egoístas.

MARGARET ATWOOD

Rescatar la memoria de un grupo de mujeres que nos quisieron es una deuda y un placer. Detrás está la justicia histórica, la facilidad con que fueron ignoradas por el simple hecho de pertenecer al género femenino. Las aquí elegidas son tan inteligentes o más que sus compañeros, amigos o maridos, y la selección ha sido difí-cil por tantas como hay. Además, seguir sus pasos sobre el terre-no, como he hecho, ponía límites a la tarea. Sus obras –memorias, reportajes, novelas, poesías, fotografías, trabajos sociales– resul-tan más que notables. En su momento fueron halagadas, pero como protagonistas secundarias. Acabaron fuera de los libros de historia o, como mucho, fueron citadas en los índices onomásti-cos o las bibliografías. Estas mujeres vivieron anteayer, entre los años veinte y los cincuenta del siglo pasado. Habitaron en la so-ciedad de nuestras abuelas, nuestras madres. Están ahí detrás, a la vuelta de la esquina. Vinieron a España, la sintieron intensamen-te. Unas durante meses, otras durante años, y muchas se llevaron este país grabado a fuego en la memoria, hasta su muerte. Como en la mítica *Tierra y libertad* de Ken Loach, algún pedazo de tierra española se coló entre sus libros, pañuelos con sangre reseca en

los arcones protegidos con naftalina u hojas amarillentas en cuadernos que conservan manchas de grasa de una cocina muy pobre o del sudor de la frente. Nos describieron en sus obras o nos apoyaron con sus trabajos, ya fuera en un hospital, una oficina, un periódico o un libro durante los mejores años de su vida. Despertaron a una realidad brutal con la guerra civil española; otras confirmaron que las guerras son plagas, pero generadas por los humanos para matarse unos a otros. También comprendieron por qué las madres no quieren las guerras. Aquí vivieron su bautizo de fuego para afrontar una Segunda Guerra Mundial que presintieron. Sabían que en España se libraba una batalla que era antesala de la tragedia, del triunfo del nazismo y del fascismo, de la victoria de la barbarie.

Cayeron en el olvido a pesar del *glamour* que da ser extranjeras, algo que debería haber ido a su favor en un país donde nos inclinamos ante lo exterior por el complejo de paletos que arrastramos desde el franquismo. Sin embargo, a menudo bastaba con que un texto o un trabajo fuera firmado por una mujer compañera, amiga o esposa de un personaje influyente –escritor, político, héroe guerrillero– para que la figura de su autora y su labor quedaran devaluadas. Si encima eran flacas, liberadas, guapas y elegantes, poco menos que debían de ser pesadas en la balanza de las brujas, porque sólo podían resultar hermosas y listas por haber entregado su alma al diablo o a algún amante poderoso. Hablar idiomas, saber escribir o curar heridos sin ser monjas llevaba detrás los sambenitos del machismo histórico, transformado acorde a los tiempos que corrían: esas mujeres eran espías, putas o marimachos. O las tres cosas. Espías no sólo de los fascistas, sino de los trotskistas, los anarquistas, los comunistas, porque la acusación de a quiénes se espiaba dependía de quién la formulara. La preponderancia y el poder de los comunistas, por ejemplo, convertía a quienes no eran del partido en espías trotskistas, anarquistas o quintacolumnistas.

Nancy Cunard, Nancy Johnstone, Tina Modotti, Ilsa Barea, Virginia Cowles, Gamel Woolsey, Josephine Herbst, Andrée Viollis

y Simone Téry, incluso las más conocidas que llegaron en la posguerra y más tarde –Vita Sackville-West, Simone de Beauvoir, Sylvia Plath–, contaron cómo nos vieron o buscaron sus raíces familiares, pero sus impresiones quedaron tapadas por el polvo en los rincones. Y sin embargo, tienen mucho que aportar. Sus percepciones y sus opiniones sobre la época más dura y brutal de nuestra reciente historia son diferentes a las que recogen sus contemporáneos, hombres notables cuyo representante más mencionado –por el tamaño, las voces y su obra de Nobel– es Ernest Hemingway, un personaje que hoy quizás resulta cansino por exceso de popularidad y de tópicos a su alrededor.

Da igual por dónde nos adentremos en las vivencias de estas mujeres en España. Son también las mejores o de las mejores porque tuvieron que romper con sus hogares y sociedades para poder escapar a trabajar en una guerra; otras llegaron más tarde a un país empobrecido por la posguerra, gris, triste. Escriben diferente, van a lugares distintos a los de sus compañeros –también viajan al frente cuando los militares creen que no hay peligro– y perciben otras cosas. Sus textos envuelven una atmósfera cálida donde se respira la dureza o la alegría del momento, sin aspavientos; están arropadas por las notas de sus cuadernos o de sus máquinas de escribir, donde retratan el hambre de una caterva de niños con una madre de negro que sólo tiene para ofrecerles un poco de pan, pero los críos juegan con una pelota de trapo en una plaza; las mujeres y sus criaturas escuálidas, de caras hambrientas que soportan en las colas los bombardeos; los zapatos vacíos en el centro de un charco de sangre porque el cuerpo ya ha sido retirado de la calle. Qué de cosas podrían decir esos zapatos, como las pobres ropas deshilachadas y tendidas en una cuerda de algún pueblo cercano al frente; los remiendos de las sábanas de retor o las veces que ellas mismas son capaces de hervir unas hojas de coliflor para alimentar a más de cuarenta niños acogidos en su hotel, como hizo Nancy Johnstone. La ascensorista que teje con lana azul en la Telefónica, mientras caen las bombas. Y diferente es la cólera de algunas de ellas al comprobar luego cómo esas

mujeres heroicas eran tratadas como bestias sucias en la frontera con Francia, una vez perdida la guerra, o cómo en los campos de concentración franceses se intentaba captar a las más jóvenes para prostituir las.

Es imposible no empatizar con ellas, por ejemplo, cuando Josephine Herbst –escritora y periodista, intelectual de izquierdas, tan buena como el mismo Hemingway, Jay Allen o Herbert Matthews– reflexiona en *The Starched Blue Sky of Spain and Other Memoirs*, texto no traducido, algo así como *El cielo encapotado de España*:

Más de una vez me he preguntado sobre lo que habíamos asumido como la tan elogiada independencia del hombre americano, cuando vi la orgullosa autoridad de la mujer española, sostenida por algo más que la dependencia de cualquier ayuda externa. Como la noche en que me quedé en las cuevas sobre Alcalá de Henares, donde los ancianos, los niños y algunas de las mujeres menos robustas permanecían durante el día mientras el resto descendía la empinada montaña para trabajar en los campos, incluso bajo el fuego enemigo. Cuando vi a mujeres de sesenta años regresar a casa con orgullo, erguidas, magníficamente airadas mientras agitaban sus puños hacia las lejanas torres de humo enemigo que perforaban el cielo, o se desbordaban en magníficas obscenidades extrañamente mezcladas con una religiosidad simbólica, mi recuerdo de las damas elegantes de mi país, con sus rizos lavanda estereotipados y sus zapatos de tacón alto y delicado, se convirtió en una parodia de un potencial que habían dejado sin explorar.

O cuando la ácida Dorothy Parker, sentada en una terraza en Valencia, escribe en «Soldados de la República», texto publicado en *The New Yorker* en 1938:

El crío iba endomingado, todo de blanco; sus ropitas llevaban remiendos tan delicados que la tela hubiera pasado por entera si la blancura de los zurcidos no hubiera variado de tono. Lucía en el pelo un lazo azul de cinta nueva, atado con absoluto equilibrio entre las

lazadas y los extremos... ¡Por amor de Dios, basta ya!, me dije. Está bien, el crío lleva un trozo de cinta azul en el pelo. Está bien, su madre [embarazada] dejó de comer para que el crío estuviera guapo cuando su padre regresara a casa de permiso. ¡Está bien! Es asunto suyo, y tú nada tienes que ver. Está bien, ¿por qué tienes que echarte a llorar?

Parker sólo estuvo unas semanas en España, Herbst no estaba aquí cuando acabó la guerra, pero las dos fueron capaces de observar, no sólo de mirar. Otras muchas entraron y salieron o se quedaron hasta el final, hasta La Retirada. De orígenes y países muy distintos, resulta apasionante toparse con los momentos en que sus caminos se cruzan. Puede ser en los salones más aristocráticos y sofisticados de Londres –algunas de ellas eran de excepcionales familias, lo que les había permitido estudiar–; en el París de los surrealistas o de Gertrude Stein; en el Nueva York que ya disputaba a Londres el puesto de gran metrópoli, con los personajes de Edith Wharton descollando; en el México más vanguardista; en los intelectuales y politizados salones de Viena y la República de Weimar, o en las pocas universidades europeas donde se admitía a mujeres.

Llegaron arrastradas por sus ideas, su deseo de ser liberadas y, muy a menudo, de ser amadas y amar. Unas cuantas seguían al hombre al que querían (Elena Garro a Octavio Paz, Kate Mangan a Jan Kurzke, Clara Malraux a André Malraux, Gamel Woolsey a Gerald Brenan, Sylvia Plath a Ted Hughes, ya en los cincuenta) y puede que en parte eso haya perjudicado su obra. Amar es un verbo cursi para unas guerras repletas de testosterona. En varias ocasiones, sus parejas ni las mencionan luego en sus memorias, como veremos. Algunas, como Modotti o Johnstone, entraron con sus compañeros, pero con proyecto personal propio; y la mayoría como profesionales, desde Martha Gellhorn (aquí se enamoró de Hemingway) a Josephine Herbst, Lillian Hellman (estuvo aquí un mes escaso y sin Dashiell Hammett), Virginia Cowles, Simone de Beauvoir, paseando por Vallecas de camino a Lisboa... En esta

selección de arrinconadas por la historia quedan fuera la filósofa y activista Simone Weil y la pensadora y luchadora anarquista Emma Goldman, «la mujer más peligrosa del mundo» según los americanos. Ambas estuvieron en España, escribieron sobre la guerra y sobre un personaje como Durruti, pero han tenido más suerte. Sobre su obra no pesa tanto el manto de oscuridad.

Unas escriben un diario o excelentes libros –el caso de *Complicarse la vida* de Cowles, *The Starched Blue Sky of Spain and Other Memoirs*, de Herbst, *Hotel en la Costa Brava* de Johnstone, *Telefónica* de Ilsa Barea– cuando la guerra en España aún no ha terminado y están sobre el terreno. Esos textos son apasionantes, vívidos, se huele el humo del bombardeo y se respiran los hechos. En cambio, quienes escriben pasadas las décadas o recogen en sus autobiografías su paso por España vierten unos sentimientos ya desdibujados, a menudo contaminados por otros acontecimientos de sus vidas. Es el caso de las memorias de Elena Garro y el retrato cínico que hace de los intelectuales mexicanos en España en 1937; o la simple mención que Clara Malraux realiza de su estancia en el maltrecho aeropuerto de Barajas, donde André Malraux le pidió seleccionar pilotos para su famosa escuadrilla en la defensa de la República española.

A caballo entre las dos formas de relatar, las que escriben sobre la marcha y publican en los días o meses posteriores y las que recuperan memoria para su autobiografía, está, por ejemplo, la dramaturga Lillian Hellman, excelente guionista, autora de *Pentimento (Julia*, recreada por la inolvidable Vanessa Redgrave en cine) y compañera de Dashiell Hammett. Hellman escribe en 1968 *Una mujer inacabada*, con unas pocas páginas sobre su paso por España en el otoño de 1937, pero se apoya en las notas tomadas en octubre y noviembre de aquel año. Sus testimonios de aquellos días son elocuentes, frescos y no ahorra las impresiones sobre hospitales, plazas, pueblos como Benicasim, que visita con Gustav Regler. Viaja a Madrid pasando hambre y disfruta de la generosidad de los más humildes con la comida; descubre el concepto de nobleza de los que luchan sólo por ideales y cita a sus famosos compañeros, a Martha

Gellhorn, a Dorothy Parker y sus peleas con Hemingway. Es sabido que ambos genios no se soportaban.

En conjunto, las crónicas son tan valiosas porque en las guerras también hay vida cotidiana y estas mujeres la recogen. Y si Josephine Herbst podía ironizar sobre los pantalones de Saks Fifth Avenue y el *foulard* de chifón verde que lucía Martha Gellhorn paseando por la Gran Vía bajo los obuses (también Hellman escribe sobre los pantalones de Martha), Ilsa Barea pensaba en el estado de su ropa interior si caía muerta bajo un bombardeo, sensación que transmitió a uno de sus personajes en la novela *Telefónica*, la simplona amante de Agustín (Arturo Barea). Claro que Kate Mangan –la modelo, actriz y periodista activista que llega a Valencia tras su novio– no tiene empacho en describir a la «mujer austríaca» (Ilsa Kulcsar, luego Barea) como la mujer regordeta y bigotuda que estaba al frente de la censura, y que más tarde fue defenestrada por temas políticos. A Lillian Hellman no le importa hablar del terror que siente, tirada bajo un banco con su rostro enterrado en las flores que acaba de comprar mientras sonaban las sirenas para un bombardeo. Flores. Era al día siguiente de su llegada a Valencia. Un asombro bobo siente también por sí misma cuando ya en Madrid se sitúa ante el joyero que ha traído a la guerra. Mientras apuntaba, contaba y enviaba crónicas, Virginia Cowles levantaba ironías porque iba a la guerra con medias, tacones y collar de perlas. Esas *curiosidades* tan femeninas no hacen sino retratar cómo lo cotidiano termina imponiéndose hasta en la guerra.

Pero los ratos de frivolidades nunca ocultaron lo trascendente. Desde las tareas de enfermera y cocinera de Tina Modotti en el Hospital Obrero de Maudes en Madrid y su trabajo de ayuda durante la *desbandá* en la carretera Málaga-Almería hasta los reportajes de Cowles, a la cual uno de los militares fascistas que la llevó a Santander confirmó orgulloso que fueron los aviones alemanes, los aliados de Franco y los nacionales quienes bombardearon Guernica. No habían pasado más que unos días y los franquistas negaban internacionalmente tener nada que ver en ese primer y bestial ensayo de

los bombardeos que haría la Luftwaffe sobre los civiles en la Segunda Guerra Mundial. A menudo estas mujeres eran más prácticas y de ideas más abiertas que sus compañeros. Ilsa Barea logró convencer a los comunistas y republicanos de que era importante llevar al frente a los periodistas, enseñarles las víctimas de los bombardeos, que contaran la verdad de los niños destrozados en lugar de ocultarlo como un fracaso. También rectificó cuando comprendió que los corresponsales en las Brigadas Internacionales escribían sólo de las hazañas de los brigadistas de su país. Y eso era una enorme injusticia, y una falsedad, respecto a los soldados españoles. Ilsa apunta que de ese error ha quedado impregnada mucha obra de aquellos días.

En 2006, Barbara Probst Solomon se preguntaba en un artículo en *El País* titulado «La guerra de los escritores» por las pocas mujeres que cubrieron la guerra civil española. «Aunque diversas mujeres escribieron sobre España, Josephine Herbst entre ellas, de acuerdo con esta exposición sólo tres parecen estar incluidas en la lista de corresponsales de prensa acreditados: Martha Gellhorn, Bang (Barbro Alving, periodista sueca) y Virginia Cowles. La pregunta que yo me hago, también sin respuesta, es por qué, en una época en la que en España Federica Montseny era una de las cabezas de los anarquistas, la Pasionaria de los comunistas y Victoria Kent diputada socialista, había tan pocas corresponsales». Pero según el muy interesante libro de Bernardo Díaz Nosty *Periodistas extranjeras en la guerra civil*, 185 mujeres documentaron, cubrieron y escribieron libros y memorias de la guerra civil española. Muchas de ellas famosas entonces y ahora también olvidadas, y otras desconocidas. Y en esa relación impagable no se incluyen enfermeras, oficinistas, administradoras, milicianas, brigadistas (unas setecientas mujeres se integraron en las Brigadas Internacionales), espías enviadas por los diferentes partidos en misiones más o menos conocidas.

Ellas hicieron la crónica de la maldad y la barbarie desde un punto de vista femenino. Y aunque en ocasiones adoptan posiciones y lenguajes masculinizados para destacar o sobrevivir, no

renunciaron a su condición de mujeres porque es enriquecedora, y se merecen, al fin, su puesto en la historia. Ahora, cuando los logros del feminismo están de nuevo amenazados, hay que recuperarlas de la oscuridad o de la penumbra en que fueron sumergidas en este país al que amaron y defendieron.

Este libro es un grano de arena más, un trabajo a caballo entre la crónica y el ensayo que comenzó un día de julio del verano de 2022. Lourdes Lancho, subdirectora de *A vivir que son dos días* (Cadena SER), me propuso hacer una sección siguiendo los pasos de los escritores que aparecen en mi libro *Los amantes extranjeros* (Espasa, 2022). Llevábamos un par de domingos emitidos, revisábamos la lista de los que nos quedaban hasta septiembre, cuando me preguntó: «¿No hay más mujeres que Edith Wharton o Katharine Lee Bates?». Sí, pero las que había encontrado me resultaban *antiguas*. Eran textos de mujeres bobonas, cursis. Incluso había alguna de la época romántica que se había inventado su paso por España, los atracos de los bandoleros y las seducciones correspondientes. Las más interesantes eran las cercanas a nosotras, las que llegaron a España con la guerra civil, y esas eran otras circunstancias. Coincidimos: no puede ser. Lancho concluyó que al año siguiente la sección de los domingos del verano de *A vivir que son dos días* sería sólo de mujeres. ¿Habría suficientes? Desde luego, seguro que incluso tendríamos para elegir si entrábamos en la guerra civil.

No tenía ni idea de la aventura que se abría ante mí a partir de ese otoño. No sólo había mujeres extranjeras que habían escrito sobre España en el siglo pasado mucho, durante y después de 1936. Es que además eran buenas, en varios casos buenisísimas. Comenzó así una búsqueda compulsiva de sus libros, artículos o trabajos. Muchos permanecían sin traducir o descatalogados (como Simone Téry, Josephine Herbst o Kate Mangan), salvo los casos de las más notables, que han quedado fuera por conocidas. Otras iban pasando de la oscuridad a la penumbra al ser recuperadas al inicio de este siglo por Miquel Berga, que se encargó de rescatar y prologar a Virginia Cowles y Nancy Johnstone.

Cada vez que un libro perdido u olvidado entraba por la puerta, venía seguido de un suspiro de satisfacción. Significaba nueva lectura, nuevos descubrimientos de episodios con mirada de mujer que hasta entonces me resultaban desconocidos. Con cada libro o revista en papel –los artículos de Simone Téry en *Regards* llegaban a tiempo y en ejemplar de la revista en papel, ¡qué alegrón!– se despertaban más expectativas, no sólo por lo que contaban los textos. Después, viajar para buscar más pistas provocaba momentos inolvidables. A la gente que somos un poco mitómana, lo de encontrar el rastro de alguien a quien se admira nos calienta el corazón. Parar en un paso de frontera por donde ellas trasnocharon y lucharon; sentarse cerca de un monumento donde estuvieron las trincheras y los pies de esas mujeres manchados de barro; observar la Gran Vía y la Telefónica evocando la mirada de hace noventa años; mirar el Cantábrico desde el Cabo Mayor de Santander, oyendo incluso la batería que había en el faro; recorrer el cementerio inglés de Málaga o patear el Vallecas de la posguerra desde el barrio multicultural que es hoy enseña mucho. Sólo hay que llevar los ojos abiertos, los oídos atentos y la nariz lista para inhalar tantos olores. No huele a puchero de hueso rancio como hace décadas, pero sí a tacos, kebab y fritanga bien enharinada.

Luego llegaba la frustración. No hay rastro de ellas en los lugares visitados. Quizá he elegido mal. Puede. Al fin y al cabo, era el viaje de una persona buscando en un lugar concreto y no en todos los que ellas recorrieron. La media del tiempo que estuvieron en España no es inferior a un mes y muchas trabajaron aquí más de un año o toda una vida. Hay casos como el de Gamel Woolsey que se han paliado en los últimos años; o el de su amiga Marjorie Grice-Hutchinson, que fue reconocida por su contribución al conocimiento de la historia económica de España y a su labor filantrópica en Málaga. Son los menos. En otros, como el de Sylvia Plath, se ha resucitado su paso por España gracias a curiosos como el profesor Pascual Almiñana. También quedan varias mujeres fuera de estas páginas por mi incapacidad para leer el noruego, el alemán, el sueco.

Es difícil llegar a lo que eufemísticamente llamamos gran público, pero aspiro a llegar a las generaciones jóvenes, cada día más conscientes de que hay muchos (y muchas) a quienes se les ha escamoteado su lugar en la historia. Conviene recordar de dónde venimos, quiénes fueron estas mujeres que no se arrugaron. Ojalá que las que se han quedado fuera de esta búsqueda salgan algún día del rincón donde han sido relegadas.